

Discurso de ingreso en la Academia Argentina de Letras del académico de número D. Abel Posse

Muchas gracias, señor Presidente de Academia Argentina de Letras, por recibirme en este honorable cuerpo y por dedicarme un tan detallado y afectuoso recorrido de mis obras. Ingreso en un ámbito que acoge a los pastores de la palabra, aquellos especialistas que cuidan el lenguaje, esencia y distinción de la complejidad humana y de su aventura existencial. Formaré parte en este cuerpo académico, de aquellos que más bien tienen mucho que aprender del misterio de las palabras. Pertenezco al grupo de los usuarios, los escritores. Estos dos aspectos, el pastoral, que se ocupa de la corrección y permanencia, y el creativo que usa el lenguaje y arriesga. Ambos protagonizan una dialéctica necesaria. Porque si *el hombre habita en poeta*, según el desarrollo de Heidegger de la cita de Hölderlin, el lenguaje es comunicación, espíritu, agua de la conciencia humana. Exige palabras justas para la construcción de nuestro cada el día, tanto como la historia de nuestro estar y del futuro que iremos habitando.

Confieso mi emoción al ingresar donde están y estuvieron a quienes admiré. Mis maestros del Colegio Nacional de Buenos Aires: Ángel J. Battistessa y Carlos Ronchi March. Hoy, viniendo, recordé a Borges y mi amigo Nalé Roxlo, en un día de poetas, un 11 de septiembre saliendo por el zaguán de la casa de la SADE en la calle México, (¿días de 1956, de 1957?). Mujica Lainez con su chaleco de brocado y saco de terciopelo, indignando –sonriente- a los jóvenes poetas iracundos ante su monóculo de dandy. Molinari, serio como un rey de baraja, como diría Neruda. Mallea con su pasión y conocimiento de novelista poco comprendido. Adolfo Ruiz Díaz en el París de 1959. Antonio Di Benedetto llegando a mi casa en Venecia, con el alma quebrada por la barbarie. Excarcelado sin explicaciones. Comprobando en el absoluto de belleza de Venecia la persistencia del bien a pesar del horror vivido.

Me hubiera gustado agregar a Roberto Arlt, a Marechal, a Sábato, a Enrique Molina, a Olga Orozco. No hubo excluidos, pero algunos creyeron que las Academias exigen clasicismo y hasta conservadorismo: las Academias en Francia, en Rusia, en Brasil, en España existieron y existen, aunque las políticas hayan interferido, pero con las décadas demostraron la voluntad de incluir y reunir las voces más destacadas y actuaron más allá de los exitismos y modas.

Se me asigna el sillón de Rafael Obligado, poeta, lugar que ocupó más recientemente el novelista Pérez Zelaschi. Trataré de recordar la obra y los valores de ambos. Las Academias son actualidad y además recuerdo y homenaje, son contemporaneidad y memoria. Rafael Obligado escribió en versos admirablemente castizos su homenaje a la tierra y a los héroes nacionales. Dejó con su Santos Vega lo que desearía todo creador, el personaje paradigmático inolvidable metido para siempre en el alma del pueblo.

Elegí como tema para esta presentación, la *Cultura en tiempo de Crisis*. No sólo porque estemos afectados por los tiempo críticos que vivimos, sobre todo en la esfera de la cultura occidental a la que pertenecemos. Pero también porque la crisis es cultural. Curiosa contradicción de desasosiego social y espiritual en el apogeo de civilización tecnológica y tecnolátrica. Más allá de los problemas económicos y políticos, el común denominador final se centra en problemas culturales. Un ejemplo es lo que ocurre en la “tecnología comunicacional”. Cada avance, como en el caso de la audiovisualidad comercialmente universalizada, y el formidable aporte de los sistemas cibernéticos, deja un residuo de graves e inesperados problemas. Me gustaría parafrasear la cita de Heidegger pero invirtiéndola: “Allí donde surge lo que parece salvar, crecen inesperados y nuevos peligros”.

Después de la ebriedad tecnolátrica, el tema de nuestro tiempo es el vacío espiritual, “los hombres huecos” del poema de Eliot... Iniciamos el siglo comprobando el desmoronamiento de las utopías y filosofías madres, plasmadas en el siglo XIX, confrontadas en el siguiente centenio y hoy en franca implosión. De ambas quedan remiendos y ruinas con las que nos tropezamos, según supo escribir Julius Evola en su famosa *Revolución contra el mundo moderno*. El capitalismo liberal-democrático, desde Adam Smith hasta sus realizaciones imperiales y el marxismo socialista. Un supuesto combate entre libertad y justicia. Dos valores que aún no encontraron su síntesis.

El capitalismo creó imperios tecnológicos, islotes de opulencia y continentes de pobreza. El comunismo, en sus dos imperios, la URSS y China, naufragaron en una ideología absolutista que desembocó en formas dictatoriales y en un fracaso en la esencia del materialismo dialéctico marxista: en la capacidad productiva y la batalla por el bienestar en libertad. Ambas ideologías se vivieron como panaceas. Ambos fracasos parecen unirse hoy en la síntesis perversa del capitalismo financierista, como una derrota final, en la traición del “humanismo” que proclamaron por separado y hasta con amenazas mutuas de apasionada destrucción nuclear.

Valga esta digresión para señalar en qué medida el mundo del Espíritu (como se decía antes sin que uno se sonrojara) quedó sepultado por esos materialismos en ruinas. Creíamos que la tecnología nos salvaba con sus excursiones lunares o microscópicas, pero más bien el misterio del Ser permanece inalterado. Hoy tratamos de salvarnos de la exageración de la técnica, y sus consecuencias ecológicas, al punto que el mayor filósofo de este ciclo indicó en su testamento que “la tarea fundamental es controlar la tecnología”. Y que “Ahora sólo un dios podrá salvarnos”...

Peliga el hombre que hemos sido, peliga la cultura, la educación, las academias, los libros, la individualidad y su “libre albedrío”, peliga la palabra. La literatura del siglo apenas pasado fue una rebelión, desde Rimbaud y los novelistas rusos, todos comprendieron la decadencia: Joyce, Nietzsche, Kafka, Céline, Arlt, Borges, Hermann Broch, Faulkner, Rulfo, Musil, Lezama Lima, Nabokov y muchos otros de este nuevo siglo de oro literario. Es un corpus de libertad creadora admirable y una formidable condena. Grito hecho arte. Advertencia en obra, desde los comienzos de la desertificación cultural- espiritual y esa “pesadilla de aire acondicionado”, como calificara Henri Miller a nuestra modernidad. Fue una magnífica realización de cultura crítica. Ahora hay que pensar de nuevo el mundo, elaborar certezas y grandes direcciones. Y el pensar incluye desde Homero a San Agustín y a Goethe, a los poetas, y a la palabra fundadora de nuevos horizontes. La creación literaria, en su sentido más válido y profundo se va recluyendo en catacumbas, la calle está ganada por el mercantilismo cultural de temporarios objetos de consumo. Es el signo de este ciclo.

Argentina es un caso excepcional de ese señalado factor fundacional de la cultura. Desde 1853 se plasma una voluntad política de reconocimiento de la educación como fundamento de todo progreso y la mejor “inversión” desde el punto de vista estrictamente económico. La Constitución Nacional recoge esa orientación, cuya plasmación corresponderá a una dirigencia de excepción, que ubicará a nuestro país al frente de nuestra América y adquirirá una distinción creativa y educacional reconocida mundialmente.

La relación del educador Sarmiento con el tres veces presidente Roca, fue una inédita confluencia de educación y poder. Se vivía con entusiasmo transformar un pueblo inerte, analfabeto, en un verdadero pueblo capaz del progreso y del desarrollo de la personalidad: un pueblo de individuos. Desde el punto de vista creativo, en ese fin de siglo se producen dos obras capitales: la protesta épica del *Martín Fierro* y el deslumbrante relato *Facundo*, con su dialéctica de civilización y barbarie. José

Hernández y Sarmiento eran opuestos en sus visiones políticas, el poeta estaba más bien por la “cultura del estar” como la designaría Canal Feijóo, y el educador creía en Estados Unidos como paradigma de todo desarrollo y modernización futura. El arma de la educación sostendría la civilización del hacer. Ninguno de los dos se consideraron escritores importantes o de profesión. Pero nos legaron el tema central de los argentinos que perdura en nuestras indecisiones más profundas y en cierta reiterada desubicación ante las políticas mundiales.

Soy novelista y mi amigo Severo Sarduy consideró que la novela es el arte de la digresión. Quiero expresar admiración por la poco simpática grandeza de Sarmiento que me obliga a señalarlo como el más apasionado y astuto creador de nuestra nacionalidad, luego de la independencia militar legada por los Libertadores. Nos arrancamos del desierto, creamos una etnia sobre el baldío. Las masivas corrientes inmigratorias europeas, tal como se las programara la Constitución, produjo la heteróclita raza que hoy somos los argentinos. Catalanes que no se entendían con gallegos o vascos, italianos del sur agreste y xeneizes, alemanes, judíos, centroeuropeos. Cada uno en su familia, en sus casas como bastiones para hacer su América. Babel de idiomas, de razas, de estilos, hilvanada por la minoría autóctona y criolla. ¿Cómo plasmar una Nación? Sarmiento transformó la educación obligatoria, gratuita y laica en verdadera arma fundacional. Todos los padres eran irremisiblemente distintos. Pero todos los niños serán iguales y la Patria se haría en las escuelas más que en las calles y en los hogares. Los chicos se hicieron todos argentinos en torno a esas banderitas que se izaban cada mañana, desde la Quiaca hasta la Patagonia, desde Cuyo al Río de la Plata. (*A mi bandera, San Lorenzo, el Himno...*)

Enseñamos patria, nación y sentimiento de destino grande. Nunca quisimos ser un país más, sino un país de optimización y de una calidad de vida que en solo tres décadas empezó a figurar entre los más fuertes y atrayentes “para todos los hombres de buena voluntad”. Nos creamos una poética de “lo argentino”: riquezas naturales, cultura de los próceres, voluntad de grandeza, culto del coraje.

Buenos Aires empieza segregar sus mitos. Los europeos nos abrieron los horizontes a todas las expresiones del pensamiento y creación de la época. Noches de 1920, tango, poetas, ideólogos, anarquistas y empresarios, los grandes diarios, la universidad y lo que repetimos con nostalgia: el teatro Colón con Caruso y Galli Curci, el Congreso, el refinamiento y hasta el esnobismo del último grito... Tuvimos más voluntad de democracia que pureza democrática. Pero siempre una fuerza vital y

humana indeclinable. Nalé Roxlo decía que en cualquier café de Buenos Aires o de las capitales argentinas había que saber de todo: Dostoyevski y novelística rusa, marxismo al dedillo, psicoanálisis, taoísmo, ocultismo, carreras. “En una de esas mesas de la calle Corrientes uno podría encontrar algún perverso, pero nunca un idiota”, decía el autor de *El Grillo*. Era el tiempo de *La Prensa* y de *La Nación*, publicando a Unamuno, Azorín, Rubén Darío, Gómez de la Serna. ¡Un tiempo bendito en el que los periodistas y editores leían libros!

Lugones, el Maestro, fue la figura rutilante de esa época. Con un poder extraordinario de lenguaje sintetizó todos los aspectos de nuestra nación recién plasmada: recuperó la tierra, sus personajes y sus cualidades, fue bucólico en sus *Odas seculares* en homenaje al Centenario. Lírico en sus *Crepúsculos del jardín*. Capaz del coraje de equivocarse con pasión, en la ruleta siempre desconcertante de la política, visitó todo el espectro de su tiempo: anarquismo, democratismo de Walt Whitman, el socialismo naciente, la aventura de Irigoyen. En Lima, en el centenario de la batalla final de Ayacucho proclamó “la hora de la espada”. Entusiasta al punto de gritarles a unos jóvenes que se empezaban a acomodar para una republiqueta de gozadores: “Lo que ahora nos falta es crear una civilización, una moral, hasta un culto religioso!”. Su sentido heroico seguirá el mismo camino que el de Mishima. La espada se volvió harakiri, como en el caso del genial japonés, y el acero cianuro. Quiso la espada para vernos a caballo detrás de una causa grande como a los húsares de Sucre. “¡A paso de vencedor!” y no como melancólicos perdedores en la ventana del café.

El presidente Barcia se refirió a mis novelas y ensayos. Mi insistencia se refleja en diecinueve libros y traducciones en otras tantas lenguas. Confío en que esta prestigiosa Academia no se haya equivocado demasiado. En mis dos primeras novelas fui un novelista aporteñado, aunque nacido en Córdoba. Después, entre mis años de Venecia y la vivencia del Perú profundo, fui cayendo en un lenguaje más propio y más americano. Creo que el único aprendizaje que puede pretender un escritor es alcanzar su propia voz, la que nace en lo profundo de su complejísima existencia. Dar con su voz, situarla en su justa posibilidad. Ser su carácter, su idiosincrasia, sus limitaciones, sus angustias, sus pasiones, sus miedos. Más bien huimos de todo eso. Hasta que la dura y solitaria tarea de escribir nos despoja de estéticas de pega o de imitaciones o modas, y uno tal vez logra reunirse con su existencia en la página que va escribiendo. El escritor, el poeta, el pensador escuchará su voz después de tantas impostaciones como el compositor musical que *recibe las melodías*. Si después de tantos años algo logré,

supongo que se debe centrar en esa trilogía carnavalesca y trágica sobre el choque de culturas que originan nuestra particularidad europea-americana: *Los Perros del Paraíso*, *Daimón* y *El Largo Atardecer del Caminante*. Nacidos en Perú y Venecia, donde viví casi diez años. Si alcanzo la fe en mi posibilidad -con la firme inconciencia de entonces- terminaría el cuarteto con *Los Heraldos Negros*. Estos libros contribuyeron a la renovación novelística de Latinoamérica, que el crítico norteamericano Seymour Menton designó como “la nueva novela histórica”.

Empecé como esos novelistas de ideas, como un conferencista en prosa. En algún momento sentí que todo era lenguaje, irrupción de fantasía creadora, riesgo, insolencia. Que son las palabras las que reviven las ideas y las que osan el límite de silencio, hasta que se pueda creer que uno entrevé algún reflejo del misterio inefable.

La literatura que viene tendrá que liberarse del actualismo frívolo y de las alienaciones que desnaturalizan su esencia.

Lo que denominamos “crisis” es el nihilismo anunciado por Nietzsche en los umbrales del siglo XX en el cual todavía estamos. Es esa decadencia occidental descrita por Spengler, Toynbee, Chaunu y tantos otros pensadores. Y produce una cultura de crisis, un demoníaco y polifónico *Ersatz* que exige de los creadores un compromiso grande, sin resignaciones. Una respuesta hacia la dimensión mayor de ese complejo que llamamos con comodidad “cultura”. El espíritu creador tiene un sentido contrario –pero igualmente riguroso- del de la gravedad newtoniana. Exige *anagogía* (y hasta su correspondiente conducción anagocrática). Para librarnos del activismo errático de los “hombres huecos” de Eliot y sus arrogantes conductores. (Se pregunta Alain Finkielkraut: ¿Cómo frenar al hombrecillo de la modernidad occidental del contagioso, metastásico activismo irrelevante, cuando no estúpido?) La palabra poética en el más alto sentido hegeliano podrá arrancarnos de la inundación prosaica del discurso político-ideológico, del *chatting* infinito y del folletín cotidiano que tomamos por “la realidad” y hasta como inevitable configuración del destino.

El lenguaje nos rescatará del prosaísmo convencional, de la palabra que oculta y anestesia. Experiencias como la de Borges, Rulfo, Lezama Lima, Nabokov, Musil, Hermann Broch, demuestran un camino de retorno a lo esencial. Hegel inauguró su cátedra de estética en la Universidad de Berlín con una frase que indicaba la confluencia entre decadencia y su concepción sintética de *Espíritu*:

“Para nosotros el arte por el lado de su destino supremo, es cosa del pasado.” No invitaba a la resignación, llamaba a un renacimiento.

Para volver al tema de esta presentación académica, diría que la crisis tan visible en lo humano y tan ocultada por el triunfo aparental de las cosas, es estimulante para todos aquellos que creen en la Cultura: la cultura es ya la única respuesta. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, dijo Rubén Darío. El dique (el *katejón*, el freno) ante la estupidez mercantilizada, y la inexistencia de un pensamiento renovador sobre la calidad de vida en relación con el planeta, exige la respuesta de todos quienes deban producir cultura como rescate, como *katejón*, en palabra de San Pablo, de San Agustín), capaz de impedir la demolición espiritual, de tener la pendiente sin salida en que se abisma la espiritualidad occidental, ya sin dioses ni aventuras generosas. Las creaciones, el pensar, la poesía, son hoy el lenguaje para la refundación de este espacio que nos pertenece.

Abel Posse